

Siempre que Juana abordaba aquel asunto le contestaba Roger evasivamente.

¿Les faltaba algo para ser dichosos?

A Roger, efectivamente, no le faltaba nada.

Juana, sin embargo, no había dudado hasta entonces de su amante, y no porque el marqués de Presle no le hubiera dado motivo con sus bromas para dudar.

Juana comprendía que el amigo de su amante estaba enamorado de ella; pero estaba tranquila, porque el marqués era un amigo leal y en ningún caso, hubiera tratado de suplantar á Roger, haciendo á su amistad tan cobarde traición.

Pero aquella noche las palabras de Máximo la impresionaron vivamente y sintió la necesidad de despejar de una vez para siempre su situación.

Despidió á su doncella, y una vez sola, se sentó delante de su *secretaire*, le abrió y sacó un legajo de cartas atado con una cinta de terciopelo.

Aquellas cartas eran la historia de su amor.

En una de ellas la decía Ambarés, antes de triunfar de su resistencia:

«No busco en vos una querida, sino una esposa. El lazo del amor no es eterno, como yo lo quiero, si Dios no lo sanciona. Tened confianza en mí. Os empeño mi palabra de honor de no abandonaros nunca y de daros mi nombre en cuanto pueda, no haciéndolo mañana mismo por ahorrarme un disgusto á una

»pobre vieja á quien debo amar y respetar, á pesar de sus preocupaciones y de sus terquedades.»

En otra carta le decía, despues de haber triunfado de su resistencia:

»Ahora que sois mía; ahora que me habeis concedido el supremo bien á que aspiraba: ahora que sois mi esposa ante Dios, os renuevo todas las promesas que os tengo hechas. Dormid tranquila. Sed feliz. Sólomente podrá haber otra noche mas deliciosa para mí que la primera noche que he pasado á vuestrolado; la noche en que pueda llamaros mia delante de todo el mundo.»

—Es preciso que me haya vuelto loca para dudar de Roger, exclamó Juana levantándose y volviendo á encerrar las cartas en el *secretaire*. No me engaña... Es imposible que me engañe... Por miserable que sea un hombre, no puede mentir así.

Un cuarto de hora despues, Juana dormía en paz y era feliz siguiendo el consejo de Roger.

## IX.

### El abandono

Tambien, al separarse de Juana, parecía Roger triste y contrariado.

Las reflexiones de su amigo le habían puesto en un estado de exasperación que sólo necesitaba un pretexto para estallar.

El carruaje subía por la calle de Amsterdam.

—Confiesa, le dijo Máximo, que estás furioso y furioso conmigo, que es el colmo de la necedad.

—No estoy precisamente furioso, le contestó Roger, haciendo inauditos esfuerzos para contenerse, pero confieso que tus bromas me han hecho pasar un mal rato. ¿Te has propuesto comprometerme con Juana? ¿No sabes lo mucho que la amo?

—Lo mucho que la has amado, has debido decir para hablar con mas propiedad, repuso Máximo.

—La amo lo mismo que la amaba; la amo con todo mi corazón, replicó Roger. ¿Se puede dejar de amar á una mujer como Juana? Solo un hombre de hielo como tú sería capaz de no dejarse rendir por sus encantos.

—Conozco á Juana lo mismo que tú. Es una mujer adorable bajo todos conceptos. Si no fuese tan amigo tuyo, te la hubiera robado ya.

—Has hecho bien en no intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque te hubiera metido una bala en el pecho con la mayor amistad:

—O yo á tí, porque el tiempo que tú pierdes en la Bolsa, ó jugando en el Círculo, le utilizo yo ensayándome en tirar todas las armas. Te dejas robar el dinero. También te dejarías robar la querida. Pero á pesar de tus defectos te quiero.

—No soy ingrato á tu afecto.

—Pero, volvamos á Juana, á tu adorable Juana; ¿sino estás cansado de ella, por qué piensas abandonarla?

—¿Quién te ha dicho que yo trato de abandonarla?

—¿No vas á casarte?

—¿Casarme yo?

—No habria nada más natural.

—Pero...

—Hablemos francamente. Tienes una querida. Esta querida cree en ti como en Dios, acaso más. Y se equivoca. Tú no piensas más que en encontrar un medio decoroso para deshacerte de ella. Para conseguirla, la hiciste toda clase de juramentos. No la has cumplido ninguno. No lo niegues. Más pronto ó más tarde, Juana comprenderá la verdad, toda la verdad.

No sólomente no será tu mujer, sino que el día menos pensado la pondrás en medio de la calle. ¿No sería preferible que la fueses preparando para recibir el golpe con que la amenazas? A la mujer de un obrero se la anuncia con las precauciones debidas que su marido se ha caído de un andamio, dejándose los sesos en las piedras de la calle. Eso es lo que he empezado á hacer yo por caridad, viendo que tú no lo hacías. Ya puedes estar tranquilo. No tendrás que plantear la cuestión. Ella te la planteará mañana mismo á la hora del almuerzo. Mis palabras la han abierto los

ojos. Ve pensando lo que vas á contestarla. Todo depende de tu diplomacia. Si es cierto lo que dicen, estás arruinado.

—¿Y quién se ha atrevido?...

—El juicio Blunner dice á todo el que lo quiere oír que le debes una suma importante.

—Es verdad.

—¿Cuánto?

—Setecientos mil francos.

—Lo menos te ha robado las tres cuartas partes.

—Pero le debo los setecientos mil francos.

—También dice Blunner que tienes hipotecadas en más de lo que valen tus posesiones de Ambarés.

—También es verdad.

—Que le has cedido á retroventa tu palacio, que tu hotel de París...

—¡Cierto! ¡Cierto!

—Pero se equivocan. No estás arruinado completamente.

—Explicame eso.

—Yo tengo siempre á tu disposicion cien mil francos.

—Tú has sabido vivir.

—Sí, he sabido rechazar las caricias de los agentes de Bolsa que acaban por vaciar los bolsillos de los inocentes como tú; he sabido ser fuerte contra las tentaciones del juego, y sobre todo, he sabido dejarme vencer por las exigencias de las mujeres. Toda mi

filosofía consiste en pasar el presente sin comprometer el porvenir.

El carruaje se paró delante de la puerta del Círculo.

—¿Entras? preguntó Maximo á Roger.

Roger vaciló un momento.

—Entra, añadió Máximo. No jugaremos y proseguiremos más cómodamente nuestra conversacion.

Roger, batido en sus últimas trincheras, acabó por confesar á Máximo que estaba completamente arruinado.

En la última baja de la Bolsa` había perdido una cantidad considerable, que tuvo que pedir á varios usureros, uno de ellos Blunner.

A todas horas se veía asediado por sus acreedores, y en su hotel, se representaban frecuentemente escenas de violencia.

Sólo un medio podía salvarle de la ruina y de la deshonra.

Un matrimonio con una mujer rica.

La marquesa de Fonterose le había escrito precisamente en aquellas circunstancias.

Le unían algunos lazos de parentesco con ella, y al mismo tiempo había sido compañera de colegio é íntima amiga de su madre.

Del contesto de la carta podía deducirse que la marquesa de Fonterose vería con gusto un matrimonio entre su hija y Roger.

La perspectiva de este matrimonio había tranqui-

lizado á Blunner, y en su consecuencia había dado á Roger algunos meses de plazo para arreglar sus cuentas.

Roger no podía resignarse con la idea de casarse con la hija de la marquesa de Fonterose.

Amaba á Juana y quería cumplir la palabra que la había dado.

¿Pero cómo aceptar una vida de privaciones y de miseria, aunque fuese á su lado?

No tenía valor para tanto.

Máximo de Presle, escuchó á Roger sin interrumpirle.

—¿De manera, le preguntó bruscamente, que todavía no has resuelto lo que debes hacer?

—Ir tirando como Dios me dé á entender.

—Son dos cobardías.

—Muy dura me parece la palabra.

—¿Qué nombre das tú á la mala acción de engañar á dos mujeres á la vez, á la una por amor y á la otra por interés?

—El amor que profeso á Juana disculpa mi proceder. ¡Todo menos perderla!

Máximo de Presle se encogió de hombros.

—Siembras mentiras, y recogerás odio, dijo.

—¿Qué harías tú en mi lugar? preguntó Roger.

—No me atrevo á aconsejarte nada, contestó Máximo despues de una larga pausa. Te vas á enterrar en vida. Me produces el mismo efecto que me produciría

un moribundo, yo soy tu presunto heredero. Si fuera un miserable, te dejaría morir; pero eres mi amigo, y mis sentimientos siempre han sido caballerescos. Nunca te lo he dicho; pero desde el primer día me pareció mal, muy mal que sacases á Juana de casa de Fontrailles. Me gustaba como á todos. Tenía verdadero capricho por ella. Me quitaste la novia. En lugar de decirle, como á todas las mujeres:—«Estoy locamente enamorado de vos»—y de arrojarte á sus pies, la juraste elevarla hasta la categoría de tu mujer. Lo repito: esto me pareció mal, muy mal. Sé lo que vas á decirme. No pensabas cumplir tu juramento. Yo he estudiado el carácter de Juana. Para llegar hasta ella hay que ir por el camino recto. Es preciso decirle. ¿Quereis ser mi querida?

—Me hubiera rechazado.

—Y nada hubieras perdido en ello, Juana no es la única mujer que hay en el mundo, y al fin otra te hubiera consolado, y al menos tendrías ahora tranquila la conciencia. Y haciendo lo contrario de lo que debías hacer, la dijiste.—¿Quereis ser mi mujer? —Juana dió crédito á tus palabras, y hasta ahora ha vivido en la mas ciega confianza. Se cree tu mujer y no lo será nunca. ¡Qué despertar tan triste la preparas! No sé lo que hará; pero preveo, dadas las especiales condiciones de su carácter, que vuestros amores van á tener un desenlace terrible.

Hasta el salon en que sostenian este diálogo Máxi-

mo y Roger, llegaba el ruido del dinero al caer sobre las mesas de juego.

La pasión del juego se despertó en el corazón de Roger.

Sus dedos temblaban como si tuviese ya las cartas en la mano.

—Todavía no me has dado el consejo que te he pedido, dijo con impaciencia á Máximo

—Oyelo, contestó Máximo. Estás en una situación muy grave. Tu ruina te ofrece el medio de salir de ella. Sal. Vé á Juana. Dila francamente lo que te sucede, haciéndola juez de la determinación que debes tomar. Se trata de tu honor, y al honor se deben sacrificar los más sagrados juramentos. Abandónala, si debes abandonarla, y no engañes á las dos, á tu querida y á tu futura. De lo contrario te expones á perder á ambas.

—¡Basta ya! exclamó Roger. Pensaré lo que conviene hacer. Préstame cien luisas.

—¿Vas á jugar?

—Por última vez.

Presle se encogió de hombros, haciendo un gesto de incredulidad.

—Toma, le dijo dándole los cien luisas y buenas noches. Me voy á acostar.

Roger tomaba asiento en una mesa de baccarat pocos momentos despues.

A las cuatro de la mañana abandonó el Círculo, con el semblante rebotando alegría.

Con los cien luisas de Máximo, había ganado sesenta mil francos.

A las diez de la mañana mandó que engancharan el fílburi y se dirigió al hotel de Juana.

Juana no recordaba haberle visto tan alegre hacia mucho tiempo.

En los primeros momentos tuvo intención de seguir el consejo de Máximo, revelándola la verdadera situación, pero la imprevista ganancia de los sesenta mil francos le hizo variar de propósito.

No comprendía que aquella cantidad no podía proporcionarle más que algunos días de tranquilidad.

Debía cien veces más.

Juana se acercó á Roger y apoyó dulcemente las manos en sus hombros,

—¡Que hermosa os encuentro hoy! exclamó Roger ciñéndola el tallo con el brazo.

—Vos no estais tan preocupado y tan sombrío como ayer, y este cambio me hace feliz.

—Hoy estoy alegre.

—¿Qué teniais ayer?

—Disgustos.

—¿De qué clase?

—De dinero, Habia perdido.

—¡Siempre el juego! ¿Qué tiene esa pasión que así os domina?

—Es la enfermedad de la época. En todas partes se juega: en la Bolsa, en los Círculos, en los Casinos, en las carreras, en Monte-Carlo...

—Es preciso que os cureis de esa enfermedad, Roger. ¿Tanto dinero se necesita para ser dichoso?

—Sí, sí, para ser dichoso se necesita mucho dinero. La vida es una partida de placer que cuesta muy cara. Anoche gané. Tomad para lo mas preciso. Hace mucho tiempo que no os doy nada. No debéis tener un franco.

Y sacando de la cartera diez billetes de Banco de á 1.000 francos, se los dió á Juana.

—Roger, exclamó Juana, ¿queréis hacerme verdaderamente feliz?

—Sin duda alguna.

—Pues renuncia al juego. No vayas más al Círculo. No me dejes sola tanto tiempo. Si has perdido una parte de tu fortuna, haremos economías, gastando tan solo lo estrictamente necesario. Estando mas tiempo á mi lado me querrás mas. Tienes secretos y me los ocultas. Tu amigo Máximo dijo ayer cosas que me afectaron dolorosamente. Pero no quiero pensar en ellas ni comprender su sentido. Tengo confianza en tí. Sé que eres bueno y leal. No debes, no puedes engañarme. ¿No es verdad? Si vieras qué mala noche he pasado, soñando que no me querías ya, que ibas abandonarme...

Roger se sintió profundamente conmovido, y sentando á Juana sobre sus rodillas, exclamó:

—Duda de todo menos de mi amor.

—¡Ah! ¡Si me engañases algún día! murmuró Juana.

Roger empezaba á tranquilizarla, diciéndola que habia perdido el juicio al creer que podría vivir sin ella, cuando se abrió la puerta y la criada de Juana anunció al marqués de Presle.

Máximo creyó que habia llegado el momento en que Roger consultaba con Juana sus proyectos matrimoniales.

—Si estorbo... dijo haciendo ademán de retirarse.

—No hablamos de nada que no puedas oír, le contestó Roger. Además, ¿no eres de la casa? Entre nosotros no hay secretos.

—El almuerzo está en la mesa, dijo la criada de Juana, volviendo á abrir la puerta.

Máximo no acertaba la alegría de Roger.

No sabia que la noche anterior habia ganado sesenta mil francos.

Roger le puso al corriente de lo sucedido.

Entonces Máximo lo comprendió todo.

Con la lógica especial de los jugadores. Ambarés creia estar ya en camino de recuperar su perdida fortuna.

Máximo le miró con lástima y se sentó á la mesa con el apetito de un hombre que tiene la conciencia tranquila.

El almuerzo fué servido en el comedor del hotel, que era una preciosa habitacion con empotrados de roble sobre fondo de gules, como se diria en lenguaje heráldico.

El cristal y la plata, brillaban sobre la mesa, quebrando en cambiantes mil los rayos del sol que penetraban por el balcon.

Hablaron de cosas indiferentes.

Máximo, á quien las ilusiones de Roger habian contrariado vivamente, renunció á mezclarse en sus asuntos y habló de historias de amor y de juego, de literatura y de un crimen que á la sazón impresionaba al público de París

—No comprende á ese hombre, dijo Juana.

—¿Teneis celos? preguntó Máximo sonriéndose y pisando el pié á Roger por debajo de la mesa.

—Como una leona. No comprendo el amor sin celos. ¿Y el viaje que pensabais hacer, Roger? ¿Habeis desistido de hacerle?

—Estoy indeciso, repuse Roger. Pero de todas maneras, supongo que no excitará vuestros celos. Las hermosuras del Morbían no tienen tanto poder.

—¿Por qué no? No sois galante con las bretonas. Yo desciendo de Bretaña, por parte de mi padre que hacia muchos años que habia abandonado el país cuando yo nació.

Estaba mal dispuesta para la alegría, y todos los esfuerzos que hizo para fingirla fueron inútiles.

Las palabras de Máximo resonaban todavía en sus oídos.

Roger, sino triste, parecia tambien profundamente preocupado, y mas que amor, revelaban lástima las miradas que, de vez en cuando, fijaba en Juana.

En cuanto terminó el almuerzo, Máximo se levantó para retirarse, contra lo que tenia de costumbre.

—Si quieres verme, estaré en casa todo el dia, dijo á Roger estrechándole la mano.

Evidentemente algun peligro amenazaba á Juana. ¿Pero de qué género era?

Por espacio de algunos minutos, despues de la partida de Roger, permaneció sentada delante de la mesa, luchando con sus tristes presentimientos, sin poder vencerlos.

De repente se levantó, y acercándose á Roger, que estaba arrellanado muellemente en una butaca, al lado de la chimenea, le dijo:

—¡Es imposible!

Roger, asombrado por aquella inesperada salida, levantó la cabeza y clavó en Juana una mirada penetrante.

—¿Que tienes? la preguntó.

—Nada, contestó Juana poniéndose encarnada como la grana.

—Has hablado de imposibles.

—Estaria soñando.

—¿Con qué?

Y levantándose á su vez y entrelazándola el talle con el brazo, añadió:

—Díme lo que soñabas.

—No me lo preguntes, contestó Juana. Era una locura.

—¿Tienes secretos para mí?

—No. Me tiene inquieta el viaje que va á separarnos.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Se pueden explicar los presentimientos? ¿Por qué no me llevas contigo?

—¡Á casa de mi tía la marquesa de Fonterose! exclamó Roger. Si te referías á eso, tenias razon en decir que era imposible. ¡Si conocieras á mi tía! Es una mujer complemente á la antigua.

—No te digo que me lleves á casa de tu tía precisamente. Pero te puedo esperar alojada en una fonda de algun punto próximo á Santa Gilda. En Vannes, por ejemplo. Podríamos vernos, sino todos los dias, al menos con frecuencia.

—Eso es mas razonable, repuso Roger. Pensaré en ello. Pero va á ser tan breve mi ausencia... ¿Es eso lo que tenias que decirme?

—Nada mas.

—No te creo. Tienes que decirme algo mas y no te atreves. Me ofende que haya secretos y oscuridades entre nosotros. ¿No me amas ya?

—Sí.

—Entonces debes tener confianza en mí para revelármelo todo. Sé sincera. Parece que has llorado, y se llora por algo. ¿Qué tienes? ¿Qué temes?

—Pues bien, dijo Juana haciendo un esfuerzo para decidirse á hablar, no estoy tranquila.. Tengo miedo.

—¡Miedo! ¿De qué?

—De perderte, de quedarme sola, de verme abandonada como una mujer á quien sólo se ha querido seducir. Esto es absurdo, imposible, lo comprendo. Pero el miedo á este terrible desengaño es mas fuerte que yo. Tu amigo Máximo, con sus imprudentes palabras, ha tenido la culpa de todo.

Y despues de una breve pausa, añadió con acento suplicante:

—Sé que te ofendo desconfiando de tí, pero no lo puedo remediar, ¡Perdóname! ¡Si supieras cuánto sufro!

—¿Sufres?

—¿No adivinas por qué?

Roger Vaciló un momento.

—No, contestó.

—Me tienes abandonada. ¡Has estado tres meses sin verme con pretexto de un viaje que no has podido eludir! Aun estando en París dejas pasar tres ó cuatro dias sin venir, una vez porque vas de caza con tus amigos, otra vez porque vas á visitar tus posesiones de Ambarés. En otro tiempo no podias dejar de



verme un solo día. No te separabas nunca de mi lado, si hubieses continuado así sabrías lo que pasa.

— ¿Qué pasa?

— Que pronto tendrás un heredero, exclamó Juana echándose en los brazos de Roger.

Roger hizo un movimiento de sorpresa que no pasó inadvertido para la joven criolla.

— ¿Te causa pena esta noticia?

— No, no, contesto Roger balbuciendo.

— Había creído...

— ¡Qué locura! ¿Por qué me has ocultado ese secreto tanto tiempo?

— ¿Cuántas veces me has visto desde que yo le conozco? No haces más que entrar y salir, y algunas veces te encuentro tan triste que no me atrevo á hablarte de mí. Veinte veces he querido hacerte partícipe de esta esperanza, y otras tantas mi secreto ha espirado en mis labios. Dudaba si disminuiría tus tristezas ó las aumentaría. ¡Sí, dudaba! ¿Comprendes ahora cuán grande habrá sido mi ansiedad? Soy tu mujer ante Dios, pero no ante los hombres. Hoy mi hijo no podrá llevar más que el nombre de su madre. ¡No has cumplido todavía la palabra que me distes! Hasta ahora he callado, pero hoy como madre, tengo el derecho de recordarte tus juramentos.

Juana parecía tranquila, pero no obstante, sus sospechas, en vez de desaparecer, iban tomando cuerpo

Roger tampoco estaba tranquilo, pero la conciencia no le decía nada.

Después de oír á Juana, clavó en su semblante una mirada indefinible.

Su resolución estaba tomada.

No había esperanza para Juana.

¿Cómo cumplir sus promesas si estaba arruinado?

— No seas loca, murmuró. ¿Cómo quieres que pueda vivir sin verte? ¿Piensas que te quiero menos que te quería? Y por otra parte, ¿dónde había de encontrar una mujer que valga lo que tú? Quien ha tenido la fortuna de estrecharte una vez entre sus brazos, no puede renunciar á la ventura de llamarte suya eternamente. Si te olvidase, si te abandonase, el digno de lástima sería yo. Suceda lo que suceda, estamos unidos por lazos indiscutibles. Eres mía. Quiere que seas mía. Nunca serás de otro. Tengo grandes disgustos. Este es el secreto de mi tristeza. Mi fortuna ha sufrido grandes quebrantos de algún tiempo á esta parte, pero no temas nada. Me basta tu amor para ser feliz. No necesito otros placeres. Perdona á tu Roger todo lo que haya podido hacer para disgustarte. ¿Le amarás siempre?

Juana escuchaba á su amante inmóvil, anhelante, esperando que abordaría resueltamente la cuestión referente á su honra y al porvenir de su hijo.

Pero Roger no empleó su elocuencia más que en hacerla nuevas protestas de amor.

La estatua no se animaba.

Juana no desplegó los labios.

Se desprendió suavemente de los brazos de Roger y se acercó al balcón.

Roger la siguió con una mirada melancólica, entregándose despues á sus tristes reflexiones.

La marquesa de Fonterose le asediaba. Hacia mucho tiempo que resistia á sus súplicas, y aquella situacion no podia prolongarse sin traer un rompimiento definitivo. Roger era el único pariente que tenia, y además de no haberle visto desde su infancia, tenia que pedirle algunos consejos. Estaba resuelto á ir á Bretaña; pero no estaria ausente de París mas que ocho dias y escribiria á Juana frecuentemente. Tal vez la haria ir á Vannes. Pero este viaje no estaba decidido como el suyo.

El relój dió las cuatro.

—¡Las cuatro ya! exclamó Roger. ¡Qué pronto pasa el tiempo á tu lado, ídolo mio!

Y dando un beso en la frente á Juana, se despidió de ella hasta el dia siguiente.

Al llegar á su casa, le entregó su ayuda de cámara una carta de Vannes.

Al mismo tiempo entró Máximo de Presle.

La marquesa de Fonterose escribia de nuevo á Roger que le esperaba para tomar una determinacion.

El capitán Estrelles habia pedido la mano de Nicolsa; pero la marquesa no se la concederia mientras

no tuviera la seguridad de que Roger renunciaba á casarse con su prima.

—¿Y qué piensas hacer? le preguntó Máximo.

—Pienso... hacer la maleta.

—¿La suerte está echada?

—Sí.

—¿Y Juana?

—Pensaré lo que debo hacer con ella y te escribiré.

No corre prisa. ¿Cuándo irás á verme?

—Cuando estés instalado. Dentro de dos ó tres dias. Anúnciame.

—¿Sigue á mi disposicion tu dinero?

—Sin duda.

—Tal vez lo necesitaré.

—Pídeme lo que quieras.

—Díme, Máximo, ¿no me disputarás á mi prima?

—Ya sabes que no soy peligroso. Además, no quiero casarme.

—Hay cosas que no pueden asegurarse.

Aquella noche comieron Roger y Máximo en casa de Durand.

A los postres:

—¿Estás decidido á casarte con la señorita de Fonterose sin abandonar á Juana? preguntó Máximo á Roger.

—Mas decidide que nunca.

—Ya te he dicho que es un juego peligroso. Mejor harias en cederme á Juana. La amo con un amor mas

tranquilo que tú, y conseguiré fácilmente quitarte ese estorbo de enmedio. ¿No? Lo que tú quieras. Véte tranquilo. No saldrá de mis lábios una sola palabra de amor. Esperaré á que me dejes el campo libre.

Roger se sonrió.

Tenia mas confianza en Juana que en Máximo; de manera que, aunque éste faltara á su palabra, no tenia nada que temer.

—Pues paciencia te mando para esperar, contestó Roger.

—La tendré. . Seré un nuevo Job.

—Hasta la vista, le interrumpió Roger levantándose y dándole la mano.

—Buen viaje, le contestó Máximo.

Añadiendo, cuando perdió de vista á Roger.

—Si no fuera una locura regañar con los amigos por las mujeres, mis relaciones con Roger debieran terminar hoy mismo.

## X.

### Santa Gilda de las Landas

—El Morbian es sin duda alguna el departamento mas agreste de la Bretaña, y el canton de Porniguen, donde radica Santa Gilda de las Landas, el mas agreste de Morbian.

Este canton, excepcion hecha de algunas parce-

las que rodean la aldea de Porniguen, por el lado de Malestroit, pertenece casi por completo al castillo de Fonterose, que se eleva en la cumbre de una colina que domina el valle del Guer, ó mas bien la laguna interminable que descende hasta el mar, distante seis leguas, á vuelo de pájaro, del sombrío Castillo.

Desde la muerte de su marido, ocurrida en 1870 á consecuencia de un balazo que nadie supo de dónde habia partido, la marquesa se habia confinado en la soledad de aquella residencia verdaderamente salvaje, cuyo aspecto de tristeza estaba en armonia con sus pensamientos sombríos y sus ideas místicas que hacian de ella una monja fuera de clausura.

El castillo de Santa Gilda es una construccion informe y lúgubre del siglo XV, que tiene tanto de fortaleza como de convento.

Al principio del reinado de Luis XIII, el baron Hugo de Kerandal le restauró, ó mas bien le hizo de nuevo, no dejando de él mas que los cimientos y las paredes.

El marqués de Fonterose se habia establecido en Santa Gilda precisamente á causa de su posicion agreste é inaccesible, que le permitia hacer la vida de cazador.

Como creemos haber dicho ya, la caza era su passion dominante.

El 3 de Setiembre de 1880, un hombre bajo y obe-